

Al lado de estas órdenes contemplativas y ascéticas, nacieron otras que se dedicaron al trabajo, y cuando aquellas se oponian á los vicios y á los errores por unos medios, éstas los combatian por otros, por lo cual debemos hablar de unas y otras. Por este tiempo, ciertos prisioneros de guerra alemanes amaestrados en el infortunio hicieron voto de consagrarse al servicio de la santísima Virgen si volvian á su patria; y como lo consiguieron, fieles á su promesa, desengañados del mundo, instituyeron la orden de los humillados, que si bien solitarios y ocupados en obras santas, envueltos en un ceniciento saco, no vivian en comunidad hasta que teniendo muchos imitadores, compraron una casa, en la cual empezaron por reunirse los dias festivos para cantar salmos y entregarse á ejercicios piadosos. Eran casados, y á su ejemplo, las esposas abrazaron el mismo método de vida laboriosa y devota. S. Bernardo redactó su regla, y en consecuencia de ella se separaron de sus esposas. Además de la oracion y ejercicios espirituales, se dedicaban á la industria de telas de lana y al comercio. El beato Juan de Meda los trasladó á Como, perfeccionó su instituto elevando al sacerdocio á algunos de ellos, y estableció un superior para cada casa. Con la fabricacion de telas adquirieron riquezas y se hicieron célebres por el trabajo y la oracion, siendo muy útiles á la humanidad y á la civilizacion.

En pos de estos aparece el provenzal Juan de Mata. Movido su piadoso corazón por las desgracias que experimentaban los cristianos que en mar ó tierra caian en poder de los piratas moros ó de las hordas árabes, lleno de la hermosa compasion que inspira la caridad, pensó en su remedio, y en el silencio de la oracion, unido con Félix de Valois, se propusieron libertar los esclavos, romper sus cadenas, y restituir al padre el hijo, á la esposa el esposo, al hermano el hermano, á la patria brazos, á la verdadera religion adoradores; y al efecto fundó una orden cuyos individuos debian emplearse en rescatar los cautivos, orden necesaria á la humanidad y en la que se vieron ejemplos de abnegacion que asombran, orden que ha dado á la Iglesia mártires y santos sin cuento, y cuyo destino era mendigar para redimir, y convertirse en pobres para rescatar. Escudados con el nombre de la religion, en todas partes hallaban medios de ejercer su piadoso instituto, y á falta de dinero se les vió mas de una vez quedarse ellos esclavos por libertar á sus hermanos. Esta orden fué confirmada por Inocencio III bajo el nombre de *Trinitarios*. Admirable asociacion de la penitencia y de la caridad que el mundo bendijo, y que durante los siglos ominosos enjugó muchas lágrimas y proporcionó alivio á muchos desgraciados. Por el mismo tiempo y con igual objeto fundó S. Pedro Nolasco la de Nuestra Señora de

la Merced, que en 1230 confirmó Gregorio IX, enriquecida con los privilegios de los reyes de Aragon y ennoblecida con sus armas, por lo cual es su principal asiento nuestra patria, donde fué muy particularmente considerada y querida.

Guy de Mompellier estableció en su patria un vasto hospital que confió al cuidado de una orden lega, y que muy en breve tuvo casa en Roma y en otras varias ciudades. Cuando Inocencio III fundó el hospicio de Santa María *in Saxia*, le confió á estos hermanos, agregando algunos sacerdotes que hacian voto formal de asistir á los enfermos; y así las limosnas recogidas en Italia, Inglaterra y Hungría se aplicaban á este hospital y á los de Mompellier. Al propio tiempo varios hidalgos florentinos que pertenecian á una cofradía de la Santísima Virgen, tuvieron una vision en que se les mandó renunciar al mundo; en su consecuencia distribuyeron cuanto tenian á los pobres, se cubrieron con un saco, se cargaron de cadenas, vivieron de limosnas y tomaron el nombre de *Servitas* ó Siervos de María. El primer convento de esta orden fué el del monte Senario, próximo á Florencia, y desde allí se propagaron admirablemente. Luego, pasados algunos años, el pontífice Alejandro IV reunió en una sola las diversas congregaciones de ermitaños mendicantes, bajo el título de *Ermitaños de S. Agustin*. Todas estas corporaciones no formaban conventos aisla-

dos, sino congregaciones cuyos miembros, como los de Cluny, constituian bajo un gefe comun un solo cuerpo. Habia, sin embargo, una diferencia entre los religiosos de Cluny y los del Cister, y era, que aquellos se gobernaban monárquicamente, mientras en éstos el abad dividia la autoridad suprema con los abades de la Terté de Pontigny, Clairvaux y Morimond, residiendo en el capítulo, donde debian concurrir todos los abades, el poder legislativo. Entonces empezó una revindicacion de los bienes usurpados á las iglesias por la infeudacion, y esto contribuyó á la prosperidad de las nuevas órdenes, entre las que debe contarse la de los carmelitas fundada por el calabrés Bertoldo que les dió una regla rigurosa sobre el monte Carmelo, al mismo sitio donde contaba la tradicion que habia vivido el santo profeta Elías. En 1238 se trasladaron á Chipre, y de allí cundieron por toda la Europa. Tal fué el ejército que se aprestó á combatir el vicio y la herejía, tales fueron las almas que de todas partes se levantaron protestando contra esos venenos de la sociedad, y lanzándose á defender la humanidad y la civilizacion; pero no fueron solas estas órdenes las que se fundaron por este tiempo; réstanos hablar de otras dos que tuvieron muchas contradicciones que vencer para establecerse, y muchas dificultades que superar, siendo necesario para que el pontífice las sancionase, nada menos que un

milagro, por lo cual, y porque nos tocan muy de cerca, vamos á ser algo mas difusos, por lo cual nos permitirán nuestros lectores que sobre las demas órdenes referidas hagamos algunas consideraciones y que las presentemos al juicio imparcial del mundo, para que éste decida si es justa ó injusta su persecucion, y si son mejores ó no que sus impugnadores, que sus acusadores.

Dejamos manifestado el torrente de iniquidad que absorbía el mundo; dejamos hecho mérito del soplo abrasador que aridecía la sociedad, y hemos anotado su remedio y el punto de donde el aura benéfica, el rocío regenerador salía; sin mas que comparar los errores de los herejes y los escándalos de la sociedad, los atropellos y orgullo de los poderosos, las blasfemias y maldades de los sectarios, conocemos el mal; considerando las virtudes de los fundadores y las de sus hijos vemos el remedio: parece, por tanto, que despues de esto nada queda al discurso, ninguna esplicacion que hacer, ninguna consecuencia que deducir, y sin embargo, nosotros vamos á hablar y tenemos necesidad de ello, y vamos á hablar porque la maledicencia hoy se ha ensañado contra estos institutos, porque la ingratitude ha desconocido los beneficios que á la humanidad y á la civilizaci6n hicieron, porque en nuestro siglo han resucitado todas las herejías, y conociendo que los frailes eran un temible adversario contra sus proyectos

de antisocial maquiavelismo se han desencadenado contra ellos, los han proscrito para poder mejor espaciarse, han separado los pastores del rebaño para mejor devorarle, y todo esto merece que el mundo lo sepa: queremos hacer nuestra defensa, no tanto porque en ella nos vindicamos de la calumnia y de la acusacion, cuanto porque en ella creemos prestar un obsequio á la humanidad y al Estado, puesto que el Estado y la humanidad van á conocer sus verdaderos amigos y sus verdaderos enemigos; una vez conocidos optarán lo que gusten, pero habremos cumplido con nuestro deber y con nuestra conciencia, y nada tendremos de que argüirnos ni arrepentirnos sobre este particular, porque habremos llenado nuestra obligacion para con nuestros hermanos y cumplido con el deber de defender la verdad y defendernos, y sacar á salvo nuestro honor ultrajado y nuestro hábito vilipendiado y escarnecido.

Hácia donde quiera que el hombre contemplador y reflexivo vuelve la vista en los siglos que nos ocupan, halla la iniquidad triunfante, la virtud proscrita, el vicio en boga y oprimida la verdad, la herejía dominante y abatida la religion, todo en desórden, todo el mundo sumido en un caos de depravacion: ¿y no es una verdadera misericordia que en medio de tanta maldad, aun el Señor conservara almas justas, capaces de regenerar el mundo, salvar la sociedad de tantos ma-

les y hacer triunfar la causa de la religion, tan combatida por el desenfrenado huracan de la herejía, que concitaba contra la Esposa de Jesucristo todas las pasiones, contra la humanidad todos los males, contra la civilizacion tantos desastres? Seguramente no habrá un hombre sensato que así no lo conozca y confiese. Sin embargo, se han levantado en nuestro siglo espíritus fuertes que rechazan estas verdades, almas miserables que deprimen estos méritos, corazones mezquinos que, no siendo capaces de comprender la virtud, la insultan y escarnecen. A estos me dirijo preguntando: ¿los males que dejo anotados en el cuadro que al principio de este capítulo tracé, son ó no son ciertos? Si lo primero, ¿necesitaban ó no remedio? Creo que sí. ¿Y quién se le proporcionó? Todos convienen en que los frailes, y así tenemos ya justificada tan santa institucion. No me detengo en la segunda parte de mi pregunta, porque estando contestes todos los historiadores en el cuadro y en el estado miserable de la humanidad en estos siglos desgraciados, creo inútil y mal gastado el tiempo que en su esplanacion ocupara, tanto más cuanto solo podria acudir á las únicas pruebas, que son el testimonio de los historiadores, y como esto seria muy largo, me contento con remitir á los que no me crean á todas las historias de esta época de todos los pueblos, y si en ellas hallasen algo que contradijese mi aserto, enton-

ces les doy facultad de que me califiquen como gusten. Esto es cuanto yo puedo hacer; en tanto proseguiré mis consideraciones sobre los frailes, y deduciré las consecuencias que los harán aparecer vindicados de la calumnia que se les infiere.

Decíamos que en medio de la general corrupcion, fué una verdadera misericordia del Señor que se conservasen almas puras, no contaminadas, ramas preciosas del hermoso árbol de la virtud, que diesen vida al carcomido tronco social y rejuveneciesen la envilecida humanidad. Estas almas, á semejanza de los hermosos tallos que brotan orilla del tronco seco, con el riego de la gracia dieron frutos opimos de bendicion. Así vemos que contra las costumbres desenfrenadas Estéban Thiers en la Aubernia y S. Bruno en Colonia, se levantan llamando en torno suyo á cuantos se crean con valor para ejercitarse en la virtud. Considerando la regla de los cartujos, su retraimiento del mundo, su perpetuo silencio, su continuo trabajo, su asidua oracion, no podemos menos de ver en ellos los mártires de sí mismos, ocupados en orar por los pecados de todos, en mortificarse por atraer sobre los pueblos todas las bendiciones del cielo, y en consagrarse á la escritura y copia de libros para trasmitir al mundo el germen de una civilizacion que sin ellos acaso nos seria desconocida, y á la que debemos en su mayor parte la nuestra. Con esto creo completamente demos-

trado, que fueron útiles á la humanidad y á la civilizacion, y tan útiles, que estoy segurísimo que sus enemigos no son capaces de hacer otro tanto ni lo hicieron jamas; y si no que me digan y señalen, como yo señalé, hechos análogos á los que yo cuento y todo el mundo sabe; que me demuestren sus obras; analicémoslas, y estoy bien seguro que tan lejos de salvar la humanidad, ésta llorará sus consecuencias y les acusará de ser la causa de cuantos males lamenta, de cuantas desgracias la oprimen. Las obras de nuestros reformadores no contienen un solo principio que no sea disolvente de la sociedad. En ellas el cinismo más depravado, la apología del suicidio, el vicio disfrazado y engalanado, de modo que aparezca hermoso y lisonjero á los ojos incautos. Su lectura halaga y escita las pasiones más repugnantes; de aquí el poco respeto á los padres, el poco amor á las esposas, los concubinatos, los estupro, las violencias, los infanticidios, y toda la plaga de horribles escenas que ofenden la moral y lastiman los intereses más sagrados de la sociedad, los más hermosos frutos de la civilizacion. Tales son las obras de nuestros adversarios y tales los servicios que ellos están prestando á la sociedad: compárense con las obras de los frailes y nadie habrá que opte por las primeras y desprece las segundas. Dirán que el estilo no es pulido, en hora buena, pero dirán que no son inmorales, y entre una falta de

estilo y una inmoralidad, opto por la primera; quiero, y creo que todo el mundo es de mi opinion, que carezcan de flores los escritos mejor que de verdad, decoro, buenas doctrinas; así, pues, diré: que los frailes fueron más civilizadores y humanitarios que sus enemigos; y en prueba de ello aduciré los hechos, me atenderé á las obras, y en esto verán que tambien soy yo materialista, y aunque no en su sentido ni de su escuela, siempre debe alegrarlos; porque al fin algo es algo, y por alguna parte ha de empezar el hombre la reforma de sus antiguas doctrinas y envejecidos hábitos. Siempre han dicho, fulminando contra nosotros una acusacion, que los frailes eran muy metafísicos; ya ven que en esta ocasion yo me aparto de la regla general y abjuro la doctrina de mis padres; pero creo que en esto no me quisieran tan dócil, y si es así, tambien confieso que me apena, pues creia darles una satisfaccion cumplida, y me gusta complacer á todo el mundo, aun á mis enemigos, *no siendo contra la ley de Dios.*

En pos de estas órdenes viene S. Roberto con su reforma, y auxiliado del gran padre S. Bernardo, presentan otro asilo á la virtud y oponen á la corrupcion una austeridad de vida admirable. Tambien allí se establece el trabajo; y esta orden, no contenta con ser el escudo de la humanidad y el áncora de la civilizacion, consagrada á la agricultura, la presta inmensos servicios y la pone en

la senda de los adelantos que han de elevar y hacer prosperar el comercio, haciendo así á los Estados un beneficio mucho más grande y positivo que el que esperan los ilusos de las ponderadas utopias de los socialistas, de sus falansterios, de sus fábricas modelos y de tantas otras cosas con que nos tienen aturdidos, cuyas promesas se repiten todos los dias, cuyos beneficios no hemos tocado, y cuyas consecuencias solo son las revoluciones y la guerra, los horrores y la muerte. Así estos ponderados filósofos humanistas alucinan el pueblo para oprimirle, y se llaman los amigos del hombre que esclavizan y esplotan, haciéndole servir de instrumento de su ambicion. Hé aquí lo que no puede decirse de los frailes: éstos, con menos promesas hacian, y sin palabras consumaban las mejoras y ponian remedio al mal, en lo cual hay una distincion pasmosa, y admira comparar los escritores socialistas en magníficas habitaciones alhajadas regiamente, sobre dorados burós, dictando esos preceptos salvadores y en medio de la crápula, el cinismo y la ociosidad, rodeados de criados que maltratan y oprimen, queriendo inspirar un amor al trabajo que está muy lejos de su ambicioso corazon, con los frailes que dejan la oracion, y sin dictar preceptos con la pluma los hacen poner en práctica con el ejemplo y se acogen al silencio de su celda, no para descansar, sino para hacer penitencia; y aquellos hombres que

hoy se acusan de holgazanes, no tienen un momento de ocio ni vagancia. ¿Quiénes son aquí los amigos del trabajo? ¿Quiénes los de la humanidad; los frailes que miran en sus dependientes sus hermanos, ó los filósofos acusadores que ven en sus criados sus esclavos? No creo sea muy dudosa la respuesta, y aquí tenemos ya, que nuestros hijos de S. Bernardo son más útiles á la sociedad, á la civilizacion y á la humanidad que sus acusadores, y son más útiles á la agricultura que los falansterianos, y son mas útiles á la literatura que los que los ridiculizan, y á las ciencias que cuantos los deprimen, y á las artes que cuantos los insultan y persiguen. Por esto me gustan los hechos, porque no dejan lugar á la duda, porque son la prueba mas concluyente, desechada la cual solo queda la contundente; por eso hemos elegido por campo la historia y por eso apelamos á ella en todos nuestros argumentos, y con ella nos defendemos y defenderemos á nuestros hermanos, que en ella tienen consignados sus méritos, que los hacen acreedores á la admiracion y respeto del mundo, no al desprecio y persecucion de la sociedad.

En pos de esta órden vienen otras, fundadas una para asistir en los hospitales y hospicios á la humanidad, y otra para atraer á buen camino, á la senda de la virtud, separándolas del vicio y del crimen á las mujeres de mala vida: respecto á es-

tos dos institutos creo que todos convendrán en que fueron necesarios á la civilizacion y á la humanidad; que llevaban por norte un bien religioso y social, por lo cual no me detendré en pruebas que tal vez contribuirían á oscurecer la verdad, pero tampoco dejaré por eso de llamar á juicio, y ante mi autoridad y la del público á los acusadores del clero regular, á despecho que me crean orgulloso, presumido y hasta necio, y decirles: ¿qué títulos teneis vosotros parecidos siquiera á éstos, que os hagan acreedores á los encomios de la sociedad y á las bendiciones del Estado? Yo quisiera en esta ocasion poder ser menos cáustico; pero es imposible, si he de decir verdad; y como todo me he propuesto sacrificarlo al triunfo de tan cumplida y apuesta señora, de aquí nace, que tengo por precision que ser algo acre, siquiera se atribuya á otra cosa que no sea el triunfo de la justicia. Así, pues, antes de hablar, pido que mis lectores examinen el estado del mundo, y á su vista me digan si los acusadores son los más prontos y dispuestos para asistir á los enfermos, ó si no se apartan cuanto pueden de los hospitales por asco, escrúpulo ó temor de ser contagiados, en lo cual de inferir es, que teniendo siempre en los labios el bien de la humanidad, y no socorriéndola ni auxiliándola cuando más lo necesita, que es en el lecho del dolor, sus palabras deben ser promesas desmentidas, fraseología

alucinadora, un sarcasmo cruel con que se mofan del dolor y de la amargura del enfermo y del llanto del desvalido, lo cual equivale á decir que son menos humanitarios que los frailes, que tan lejos de abandonar al enfermo le cargan sobre sus hombros, le proporcionan un asilo y le asisten, cediéndole hasta su lecho, ú otro mejor que le ha proporcionado la caridad estimulada por las exhortaciones de los mismos que, no contentos con asistirle y no abandonarle en el lecho del dolor, salen, si es necesario, á pedir una limosna para que nada le falte. En estos creo yo, y conmigo todo el mundo, que está el verdadero amor á la humanidad, en vez que en aquellos solo hay hipocresía, mala fé y mentira, con otras calificaciones que no hacemos porque son conocidas de todos, y no queremos que nos acusen de virulentos y poco generosos, cuando tan patente está el triunfo de nuestra causa y su derrota, que no debemos hacer mas vergonzosa.

Aun mas negros matices representa el paralelo de la fundacion de Roberto Abrissel: cuando estos buenos hermanos, condolidos de la desgracia de la pobre é inesperta mujer que, víctima de una seducción, sea si se quiere del vicio, se ha entregado á la prostitucion, y comercia con sus gracias, y es la víctima de los caprichos de los hombres cínicos, viciosos y corrompidos, ellos emplean todos sus esfuerzos y las armas de la re-